

mantiene la opinion que tenian , quando subieron à ella. ¿Pues qué verdad es esta , que dicen vãn á descubrir? Verdaderamente parece , que este es un modo de hablar puramente Theatral.

3 ¿Pero acaso , aunque los combatientes no cejen jamás de las preconcebidas opiniones , los oyentes , ó espectadores del combate harán muchas veces juicio de que la razon está de esta , ù de aquella parte , y así para estos , por lo menos , se descubrirá la verdad? Tampoco esto sucede. Los oyentes capaces , yá tomaron partido , yá se alistaron debaxo de estas , ó aquellas banderas , y tienen la misma adhesion á la Escuela que siguen , que sus Maestros. ¿Quándo sucede , ò quándo sucedió , que al acabarse un acto literario , alguno de los oyentes , persuadido de las razones de la Escuela contraria , pasase á alistarse en ella? Nunca llega ese caso , porque aunque vean prevalecer el campeón , que batalla por el partido opuesto , nunca atribuyen la ventaja á la mejor causa , que defiende , sino à la debilidad , rudeza , ó alucinacion del que sustentaba su partido. Nunca en el contrario reconocen superioridad de armas , sí solo mayor valentía de brazo.

4 ¿Mas qué? ¿por eso condeno como inútiles las disputas? En ninguna manera. Hay otros motivos , que las abonan. Es un exercicio laudable de los que las practican , y un deleyte honesto de los que las escuchan. El tratar , y oír tratar freqüentemente materias científicas , infunde cierto habito de elevacion al entendimiento , por el qual está mas dispuesto á mirar con desdén los deleites sensibles , y terrestres. Aun prescindiendo de esta razon , quanto mas se engolosinare la atencion en aquellos objetos , tanto mas se debilitará su aficion á estos ; porque la disposicion nativa de nuestro espíritu es tal , que , à proporcion que se aumenta en él la impresion de un objeto , se mitiga la de otro. Finalmente , el exercicio de la disputa instruye , y habilita para defender con ventajas los Dogmas de la Religion , y impugnar los

los errores opuestos á ella. Y este motivo es de suma importancia.

5 Mas por lo que mira á aclarar la verdad en los asuntos , que se controvierten en las Escuelas , es verisimil que esta se estará siempre escondida en el pozo de Democrito. Bien lexos de ponerse los conatos , que se jactan para descubrirla , yo me contentaría con que no se pusiesen para obscurecerla. Daño es este , que he lamentado en las Escuelas desde que empecé á freqüentarlas. No de todos los profesores me queixo ; pero sí de muchos , que en vez de iluminar la Aula con la luz de la verdad , parece que no piensan sino en echar polvo en los ojos de los que asisten en ella. A cinco clases podemos reducir á estos , porque no en todos reynan los mismos vicios , aunque hay algunos , que incurren en todos los abusos , de que vamos á tratar.

§. II.

6 **L**OS primeros son aquellos , que disputan con demasiado ardor. Hay quienes se encienden tanto , aun quando se controvierten cosas de levisimo momento , como si peligrase en el combate su honor , su vida , y su conciencia. Hunden la Aula á gritos , afligen todas sus junturas con violentas contorsiones , vomitan llamas por los ojos. Poco les falta para hacer pedazos Cathedra , y barandilla con los furiosos golpes de pies , y manos. ¿Qué se sigue de aqui? Que *furor* , *iraque mentem præcipitant* ; que llegan á tal extremo , que yá no solo los asistentes no los entienden , mas ni aun ellos se entienden à sí mismos. ¿Conviene esto á la gravedad de los profesores? ¿Corresponde á la circunspeccion , y modestia , propias de gente literata?

7 Sin duda , que en qualquier Ciencia es violentissimo este modo de disputar ; pero mucho mas que en otras , en la excelsa , y serena magestad de la Sagrada Theologia. Así lo sintió el Nazianzeno , el qual en aquella Oracion , cuyo asunto es , *de moderatione in disputationibus*

servanda, toda muy á nuestro intento, dixo, que la mayor excelencia de la Theologia es ser Ciencia pacifica: *¿Quidnam in nostra Doctrina præstantissimum est? Pax.* Y añade al punto, que la paz en la disputa, no solo es nobilissima, sino utilissima: *Addam etiam, utilissimum.* La utilidad es notoria, porque la serenidad de animo es importantissima para discurrir con acierto, y explicarse con claridad. Asi los disputantes adelantan mas, y los oyentes perciben mejor. Como al contrario, el fuego de la colera confunde el discurso, y atropella la explicacion. Es llama impura, que en vez de alumbrar la Aula, la llena de humo.

8 No es esto condenar aquella energica viveza, que como calor nativo de la disputa, dá aliento á la razon; sino aquel feroz tumultuante estrépito, mas proprio de brutos, que se irritan, que de hombres, que razonan, y que á los que no han visto otras veces semejantes lides, pone en miedo de que lleguen á las manos, como Juan Barclayo dice le sucedió con dos profesores, cuya ardiente contienda pinta festivamente en la primera parte de su *Satyricon*: *Tam acriter cæperunt contendere, ut res meo iudicio ad manus, pugnamque spectaret.* Siendo yo oyente en Salamanca, sucedió, que un Cathedratico de Prima, por el excesivo fuego con que tomó el argumento, se fatigó tanto, que, quedando casi totalmente immobil, fue menester una silla de manos para conducirle á su casa.

9 Estas iras comunmente, no solo son viciosas por sí mismas, mas tambien por el principio de donde nacen: porque ¿quién las inspira, sino un espíritu de emulacion, y de vanagloria, un desordenado deseo de prevalecer sobre el contrario, una ardiente ambicion del aplauso, que entre la ignorante multitud, logra el que hace mayor estrépito en la Aula? A los genios immoderados, la ansia de lucir los hace arder. Dexo aparte la mala disposicion, que tal vez persevera en los animos, como efecto del fervoroso anhelo, con que los contendientes re-

reciprocamente aspiran á lograr en el Público superiores estimaciones. Yá se vió por estos zelos llegar á la indignidad de apedrearse públicamente en la calle dos insignes Profesores, respetados por su sabiduría en toda Italia, y Autores uno, y otro de muy estimables Escritos. Refiere el caso el famoso Guido Pancirola en el lib. 2. de *Claris Legum interpretibus*, cap. 127. ¡Monstruoso desorden en unos hombres sabios! *¿Tantæ ne animis cælestibus iræ?* Como quiera que tan destemplados furorés sean muy raros, es cierto, que el estrépito tumultuante de la disputa, el qual es bien ordinario, es un abuso, que, por las razones insinuadas arriba, perjudica mucho á la enseñanza pública.

§. III. ro **E**L segundo abuso, que se dá mucho la mano con el primero, es herirse los disputantes con dicerios. En las tempestades de la colera, pocas veces suena tan inocente el trueno de la voz, que no le acompañe el rayo de la injuria. Es dificultosissimo en los que se encienden demasiado, regir de tal modo las palabras, que no se suelte una, ú otra ofensiva. El fuego de la ira tambien en esto se parece al fuego material, que comunmente es denigrativo de la materia, en que se ceba. Es esta sin duda una intolerable torpeza en hombres doctos, ó que hacen representacion de tales.

II No digo yo, que se oygan en las Aulas injurias, que inmediata, y expresamente toquen en las personas. Esto, ó rarisima vez, ó ninguna sucede. ¿Pero qué importa? se oyen freqüentemente desprecios de la doctrina, y estos de resulta caen sobre la persona. El que defiende, desdeña como futil el argumento. El que arguye, trata de absurda la solucion. A cada paso se dicen, que estrañan mucho tal, ó tal proposicion, como opuesta á la doctrina comunissima. ¿Estas, y otras expresiones semejantes no significan á los oyentes, que el sujeto, á quien se refieren, es un hombre desnudo de ingenio, y doctrina?

12 Lo peor es, que comunmente se usa de ellas, quando son mas intempestivas, y mas opuestas à la razon. El que arguye, nunca con mas conato vilipendia la solucion, que quando ésta, por muy oportuna, le corta el argumento. El que defiende, nunca mas ultraja, como despropositado el argumento, que quando éste le estrecha, aprieta, y extruja. Sidonio Apolinar dice de un amigo suyo, que entonces se certificaba de ser vencedor en la disputa, quando veía desbocarse irritado el contrario: *Tunc demum credit sibi cecidisse collegam, cum fidem fecerit victoriae suae bilis aliena* (a). El que no puede dár al argumento solucion oportuna, procura desacreditarle entre los oyentes con el desprecio. Cubre su flaqueza con el manto de la osadía; y vencido en la realidad, se ostenta triunfante en la apariencia. Este modo de proceder, si el concurso se compusiese solo de Doctos, le duplicaria la confusion, añadiendole à la nota de ignorante, la ignominia de insolente. Pero el mal es, que las Aulas se llenan de principiantes en las Facultades, entre quienes la immodestia mas atrevida logra los Victores de una Ciencia consumada.

13 Fuera de este modo descubierto de improperar, hay otro ladino, y solapado, mas seguro para el ofensor, y mas dañoso al ofendido. Este es el de insultar por señas. Una risita falsa à su tiempo, arrugar fastidiosamente la frente, escuchar con un gesto burlón lo que se le propone, volver los ojos al auditorio, como mirando la extravagancia, responder con un afectado descuido, como que no merece mas atención el argumento, arrojar ácia el contrario una, ó otra mirada con ayre de socarronería, simular un descanso tan ageno de toda solicitud en la Cathedra, como si estuviese reposando en el lecho, y otros artificios semejantes, que significan al auditorio, sino una superioridad grande sobre

(a) Lib 3. epist. 2.

bre el otro contendiente? ¿Qué le dán á entender, sino que este es un pobre idiota, que no acierta con cosa, y mas merece lastima, que respuesta? O cuántos ignorantes se sirven de estas maulas, para encubrir á otros, tanto, ó mas ignorantes que ellos, su rudeza! ¿Qué es esto, sino suplir el esfuerzo con la alevosía, ó, como decia el Griego Lysandro, la piel de Leon con la de Zorra? Industria vulgar, artificio vil, proprio de espiritus de la infima clase.

14 **E**l tercer abuso es la falta de explicacion. Este defecto, aunque menos voluntario, no es menos nocivo. En él se incide frecuentisimamente. Muchas altercaciones porfiadissimas se cortarian felizmente solo con explicar reciprocamente el arguyente, y el sustentante la significacion, que dán á los términos. Es el caso, que muchisimas veces uno dá á una voz cierta significacion, y otro otra diferente; uno le dá significacion mas lata, otro mas estrecha; uno mas general, otro mas particular. Entrambos dicen verdad, y entrambos se impugnan acerbisimamente, escandalizandose cada uno de lo que dice el otro. Entrambos dicen verdad, porque qualquiera de las dos proposiciones, en el sentido en que toma los términos el que la profiere, es verdadera. Con todo, se ván multiplicando sylogismos sobre sylogismos, y todos dán en vacío, porque en la realidad están acordes, y solo en el sonido niega el uno lo que afirma el otro.

15 Esta confusion ocurre no menos en las disputas de conversaciones particulares, que en las de los Actos públicos. Digo lo que he experimentado innumerables veces. Y puedo asegurar, que muchissimas controversias de conversacion, que no tenian traza de terminarse jamás, he tronchado con dos palabras de explicacion de alguna voz. Es facilisimo conocer quando nace de este principio la disputa; porque las pruebas, de que usan

uno, y otro contendiente, ó la prueba, que dá el uno, y solucion, que da el otro, muestran claramente, que hablan en diverso sentido, y aun manifiestan el sentido, en que habla cada uno.

16 **E**L quarto abuso es arguir sofisticamente. Los Sofistas hacen un papel tan odioso en las Aulas, como en los Tribunales los tramposos. Entre los antiguos Sabios eran tenidos por los truhanes de la Escuela. Luciano los llamó Mõnos de los Filósofos. Y yo les doy el nombre de Titereteros de las Aulas. Una, y otra son Artes de ilusiones, y trampantojos. Platon (*in Euthydemo*) dice, que la aplicacion á los Sofismas es un estudio vilisimo, y ridiculos los que se exercitan en él: *Studium hoc vilissimum est, & qui in eo versantur, ridiculi*. Poco antes havia dicho (sentencia digna de Platon), que es cosa mas vergonzosa concluir á otro con sofismas, que ser concludido de otro con ellos. En las guerras de Minerva, como en las de Marte, menos deslucido sale el que es vencido, peleando sin engaño, que el que vence, usando de alevosía. La maxima *Dolus an virtus, quis in hoste requirat?* si es mal vista del honor en la campaña, con no menor razon debe ser aborrecida en la Escuela.

17 Es el Sofisma derechamente opuesto al intento de la disputa. El fin de la disputa es aclarar la verdad: el del Sofisma, obscurecerla: luego debiera desterrarse para siempre de la Aula, no solo como un huesped indigno, y violentamente intruso en ella; mas aun como un alevoso enemigo de la verdadera Sabiduria. Y qué diré de los Sofistas? Que sería razon los castigasen como á monederos falsos de la Dialectica, yá que no con suplicio de sangre, pues no le admite la benignidad de la Republica Literaria, por lo menos con la afrenta pública del comun desprecio.

18 Estoy bien con la maxima, que han practicado

algunos, de no dar á los Sofismas otra respuesta, que la de un gracejo irrisorio. Un Sofista le probaba á Diogenes, que no era hombre, con este argumento: *Lo que yo soy, no lo eres tú: yo soy hombre: luego tu no eres hombre*. Respondióle Diogenes: *Empieza el sylogismo por mí, y sacáras una conclusion verdadera*. Motejo agudo; porque para empezar por Diogenes el sylogismo, era preciso que el Sofista lo formase asi: *Lo que tu eres, no lo soy yo: tú eres hombre: luego yo no soy hombre*. Otro Sofista le probaba al mismo Diogenes, que tenia armada la frente con aquel Sofisma famoso entre los Antiguos, y que aun hoy sirve de diversion á los muchachos, á quien por su materia dieron el nombre de Cornuto: *Quod non perdidisti, habes; sed non perdidisti cornua: ergo cornua habes*. A lo que Diogenes, tocandose la frente, respondió: *En verdad que yo no los encuentro*. De Diodoro, famoso Sofista, refiere Sexto Empyrico, que solía probar, que no havia movimiento, con este dilemma: *Si algun cuerpo se mueve, ó se mueve en el lugar en que está, ó en el lugar en que no está; ni se mueve en el lugar en que está, pues esto es estar, y no moverse; ni en el que no está, pues ningun cuerpo puede hacer cosa en el lugar en que no está: luego ningun cuerpo se mueve*. Havia molido con este enredo, entre otros muchos al Medico Herophilo. Sucediendo algun tiempo despues, que por cierto accidente se le dislocase un hueso á Diodoro, acudió á Herophilo, para que se lo restituyese á su lugar. Halló Herophilo la suya; en vez de curarle, le probó con su mismo argumento, que el hueso no se havia dislocado diciendo: *O el hueso al dislocarse se movió en el lugar en que estaba, ó en el que no estaba, &c.* Por consiguiente se volviere á su casa, pues siendo su enfermedad imaginaria, no necesitaba de cura; aunque al fin con ruegos obtuvo Diodoro, que el Medico aplicase la mano á la obra. De Diogenes tambien se cuenta, que probandole otro con cierto argumento de Zenon, que no havia movimiento, no le dió otra respuesta, que empezar á pasearse por la sala, y decirle: *Creo á mis ojos, y no á tus ineptias*.

19 Acaso es mas oportuna esta respuesta, que las sutilezas, que Aristoteles (a) empleó en disolver todas las cabilaciones de Zenón sobre el movimiento. Son los Sofismas unos nudos, como el Gordiano, mejores para cortados, que para desatados. Desatalos el estudio, cortalos el desprecio. Aquello es mas difícil, esto mas util: porque los Sofistas, viendo que se trabaja en deshacer sus enredos, haciendo gala de la dificultad, que en ello se encuentra, toman mas ayre para proseguir en ellos; y al contrario, cesarian en ese futil exercicio, corridos de vér que no se les daba otra respuesta, que la irrisión.

20 Esto se debe limitar á los Sofismas, que evidentemente son tales. De esta clase son todos aquellos argumentos, que intentan probar una cosa evidentemente falsa, como el que no hay en el mundo movimiento. ¿Qué necesidad hay de formalizarse sobre disolver un Sofisma formado sobre este asunto? ¿Aunque Zenón amontonase un millon de Sofismas indisolubles, para probar la quietud de todos los cuerpos, havria quien diese asenso á la conclusion? Dexesele, pues, cabilar á su gusto, y el Filosofo no gaste en esas impertinencias el tiempo, que ha menester para estudios mas utiles.

21 Mas como en las Aulas rara, ó ninguna vez se proponen Sofismas contra verdades evidentes, y aunque se propusiesen, siempre quedaria desayrado el que, respondiendo solo con el desprecio, tacitamente confesase su inhabilidad para desatar el nudo; en el Discurso siguiente darémos una instruccion general para disolver, ó todos, ó la mayor parte de los Sofismas.

§. VI.

22 **E**L quinto, y ultimo abuso, ó defecto, que hallamos en las disputas verbales, es la establecida precision de conceder, ó negar todas las proposiciones de que consta el argumento. Este defecto (si lo es) general,

(a) Lib. 6. Physic. pac. 7.

ral, pues todos lo practícan asi. Pero entiendo, que muchos que lo practícan, acaso los mas, no lo hacen por dictamen de que eso sea lo mas conveniente, sino por la casi inevitable necesidad, en que los pone la costumbre establecida. Ocurren muchas veces en el argumento proposiciones, de cuya verdad, ó falsedad no hace concepto determinado el que defiende. Parece ser contra razon, que entonces conceda, ni niegue. ¿Por qué ha de conceder lo que ignora si es verdadero, ó negar lo que no sabe si es falso? ¿Pues qué expediente tomará? No decir *concedo*, ni *niego*, sino *dudo*. Esto manda la santa ley de la veracidad. En el caso propuesto, ni asiente, ni disiente positivamente: Luego concediendo, ó negando, falta á la verdad; porque conceder la proposicion, es expresar que asiente á ella; y negar, es manifestar que disiente positivamente. Solo diciendo que duda, se conformarán las palabras con lo que tiene en la mente. Ni por eso se empantará el argumento (que es el inconveniente, que se me podria objetar) porque al arguyente, incumbe probar la verdad de su proposicion, quando duda de ella el que defiende, del mismo modo que si la negase. Asi, respecto de la obligacion del arguyente, lo mismo es decir el que defiende, *dubito de majori*, que decir *nego. majorem*. Si sucediere, que el arguyente pruebe la verdad de su proposicion, podrá entonces el que defiende concederla sin desayre suyo; pues esto no es re-tratarse, sino determinarse en un asunto, en que antes estaba indeciso.

23 Diráseme acaso, que el inconveniente de faltar á la verdad, se evita con las formulas de *admitto*, *permitto*, *omitto*, *transeat*, pues estas voces no explican asenso, ni disenso. Respondo lo primero, que dado caso, que se evite con esas formulas el inconveniente de faltar á la verdad; subsiste otro harto grave. Muchas veces esas proposiciones, de cuya verdad, ó falsedad se duda, aunque tengan conexion mediata con la contradictoria de la conclusion, que se defiende, no descubren esa conexion à pri-

primera vista; de suerte, que el que defiende, no solo duda de la verdad de la proposicion, mas tambien de su conexion, ó inconexion con la sentencia contradictoria de la suya. ¿Qué hará en este caso? ¿usar del *admitto*? Caerá en el inconveniente de que el que arguye, descubra con prueba clara la conexion, que se le ocultaba; en cuyo caso tanto le perjudicará el haver admitido la proposicion, como haverla concedido.

24 Respondo lo segundo, que el inconveniente de faltar à la verdad, examinado el fondo de las cosas, tampoco se salva. El que admite una proposicion, y niega el consiguiente, niega formalmente la conexion de aquella con este: Luego si duda de la conexion, niega positivamente, ú disiente positivamente con las palabras à una cosa, de que duda con la mente. ¿Es esto conformarse lo que dice con lo que siente?

25 Puede ser, que estos reparos míos à muchos parezcan nimiamente escrupulosos. Yo realmente en materia de veracidad soy delicado. Ni se me esconde, que las voces *niego* y *concedo*, por el uso de la Escuela, se han extraído algo de su natural, ú ordinaria significacion, de modo, que respecto de los Facultativos, yá no solo significan un asenso cierto, y firme, ó à la afirmativa, ó à la negativa, mas tambien un asenso solo probable. Mas sea lo que se fuere de esto, lo que no tiene duda es, que las disputas serán mas limpias, mas claras, y mas utiles para los oyentes, proponiendo lo cierto como cierto, lo probable como probable, y lo dudoso como dudoso.



DES-

DESENREDO DE SOFISMAS.

DISCURSO SEGUNDO.

I **A**RISTOTELES en el Libro primero de los Elenchos señaló trece principios de la falacia de los argumentos sofisticos, ó trece capitulos por donde los sylogismos pueden ser falaces. De estos trece capitulos, los seis constituyó en la *diccion*, y los siete en la *cosa* expressada por la diccion. Pero bien mirado, todos los que señaló Aristoteles, tanto los primeros, como los segundos, se pueden reducir à uno solo, que es la ambigüedad de la expresion. Asi parece, que no con mucha propiedad colocó los siete segundos en la cosa expresada. Pongo por exemplo: uno de los sylogismos sofisticos, donde dice, que la alucinacion está en la cosa, es este: *Socrates es diferente de Corisco: Corisco es hombre: luego Socrates no es hombre.* ¿Pero quién no vé, que la falacia de este sylogismo consiste precisamente en la ambigüedad de aquella voz *diferente*, por la mayor, ó menor amplitud, que se puede dár à su significacion? Esto es, puede tomarse la diferencia enunciada en la mayor, ó por una diferencia total, y adecuada, ó por una diferencia parcial; é inadecuada. Si se le dá la primera significacion à la voz *diferente*, la ilacion es buena; pero la proposicion es falsa, y por consiguiente falsa tambien la conclusion: si se le dá la segunda significacion, la proposicion es verdadera, pero la ilacion mala; porque